

El Método Invisible

Un caso del investigador Lucas Messina

De la Serie: *Nouvelle Noire*

Jorge F. González

Gracias por tomarte el tiempo, para leer el inicio de esta novela.
Espero que la disfrutes tanto, como yo al escribirla.

Por favor, siéntete en la libertad de compartir este archivo.

O si prefieres compartir tu opinión, puedes dejar una reseña en Amazon.

Gracias.

Editorial
BLND Studio

www.blndstudio.mx

1

Inventario

Recibí la llamada de Nina alrededor de las 03:15. Debo confesar que tengo el sueño ligero, pero lo que de verdad terminó por despertarme no fue el sonido, sino el silencio que siguió al tomarla. Después de haber trabajado durante varios años, escuchando voces que esconden información, al final, uno aprende que hay pausas, que pueden ser más peligrosas que las amenazas.

Afuera del departamento todavía se escuchaban algunos coches circulando por la ciudad, que como cualquier otra, de dimensiones similares, nunca se queda quieta, incluso a esta hora de la madrugada, parece moverse como si escondiera algo debajo del concreto. Al tomar el teléfono puede identificar un número con el prefijo 39 0942, por lo que luego supe que era de Taormina.

—¿Nina?

—Lucas.

Una sola palabra, y de inmediato sentí que su voz tenía una textura diferente. Conociéndola, podría asegurar que había llorado antes de marcar. Encendí la lámpara sobre el buró. Me incorporé y caminé hacia la ventana, esperando sus próximas palabras.

—¿Cómo estás, todo bien?

Por un breve momento, del otro lado solo escuchaba su respiración. Finalmente, una frase breve.

—*Scusami amore*, creo que ahora empiezo a sentir la falta de la *nonna*.

—Me imagino... y ¿cómo va todo el papeleo?

Pregunté, intentando desviarla de sus sentimientos. No sé por qué, pero la imaginé mirando el mar, desde alguna terraza de la Villa, aunque obviamente ni Sicilia, ni ningún otro lugar, se parecen a las imágenes en las postales, cuando se visitan por desafortunados asuntos familiares. Tal vez, es sólo que no puedo evitar asociar la tristeza, con el mar Jónico.

—No te llamé antes porque pensé que podría resolver todo rápido.

La expresión “podría resolver” me llamó la atención, pues Nina no acostumbra a hablar con tan poca acertividad.

—¿Y por qué no ha sido así?

Escuché un ruido de papeles, y después dijo algo extraño.

—Creo que mi abuela... me ha dejado algo más que la Villa.

Si me quedaban rastros de somnolencia, éstos desaparecieron de golpe, pues Nina tampoco acostumbra dramatizar.

—¿De qué se trata Nina? Explícame por favor.

Tardó unos segundos.

—Dame un momento Lucas... todavía no sé cómo hacerlo.

Ahora sí estaba preocupado. La conocía desde que éramos niños. Acabábamos de trabajar juntos en un Caso, que había colocado nuestra integridad física al límite, y nunca la había sentido dudar. Nina siempre se encontraba estructurada a pesar del ruido. Era la persona más racional que había conocido. Si ella no sabía cómo explicar algo, entonces sólo podía significar una cosa: que aún estaba tratando de convencerse de que era real. Fui directo a la cocina, necesitaba un *espresso*.

—Tranquila, toma tu tiempo, y trata de empezar por el inicio.

Pude escuchar una larga exhalación.

—Después del funeral fui a la Villa. El notario me había entregado las llaves, los documentos de sucesión, y un inventario preliminar.

—¿Y cómo encontraste la casa?

—Con un sentimiento extraño... son muchos los recuerdos.

—Claro.

—Casi todas las habitaciones, han permanecido cerradas durante meses. Mi abuela decidió mantenerlas así, imagino que abiertas representarían una carga de trabajo absurda. Después de todo, viviendo sola, y no recibiendo visitas con frecuencia, no haría sentido que fuera de otra forma.

—Desde luego, me parece lógico. Es una casa muy grande para una sola persona.

—Sí, las personas que la ayudaban, viven en una construcción que está a un costado de la entrada principal a la Villa.

—¿A quienes te refieres?

—Básicamente al ama de llaves, la cocinera y el jardinero.

—¿Ya decidiste si van a continuar en la Villa?

—El ama de llaves estará sólo por unos días más, hasta el fin de mes. Elisabetta, a quien siempre hemos llamado Bettina con cariño, y Renzo, ellos son parte de la familia, y continuarán por el tiempo que quieran.

—Por supuesto, entiendo.

—Hasta ahí nada raro... hasta esta tarde.

–¿Qué sucedió? –Pregunté, ya que habían pasado unos segundos sin escuchar una respuesta.

–Revisando los libreros en el despacho, encontré un baúl escondido detrás de una pared falsa.

–¿De qué pared falsa estás hablando? ¿Cómo la encontraste?

–Por casualidad Lucas, supongo.

–Pero... ¿cómo así Nina, por casualidad?

–Sí, ví unas marcas curvas en el piso de madera, y me imaginé que eran el resultado del desplazamiento del librero al girarlo.

–Y entonces...

–Confirmé mis suposiciones. Giré el librero y me encontré el baúl.

–¿En un cuarto?

–Mmm... yo no lo llamaría un cuarto, es sólo un pequeño espacio. En algún momento alguien decidió que podría resultar útil para esconder alguna cosa.

–Y simplemente colocaron un librero para tapar el hueco.

–Exacto, ni más ni menos.

–Bueno, y ¿qué te encontraste dentro del baúl?

–Bueno, pues dentro había algunos archivos, notas, transcripciones de procesos legales... y una carta dirigida a mí.

–¿Qué decía la carta?

Se hizo un silencio. En lo que esperaba su respuesta, aproveché para terminar el café, mientras continuaba mirando la ciudad a través de la ventana. La lluvia comenzó afuera de manera tenue, apenas visible contra las luces rojas de los pocos automóviles, que aún circulaban a esta hora. Finalmente se animó a decir:

–Nada que remotamente me pudiera haber imaginado.

–¿Qué?

–Que durante más de cuarenta años, participó en un sistema dedicado a alterar transferencias patrimoniales en Europa.

Esperé algún tipo de aclaración, pero no llegó ninguna.

–¿Alterar cómo?

–No falsificando firmas. No hackeando registros. No sobornando jueces directamente...

Su voz entonces se transformó todavía más.

–Manipulando el lenguaje.

Me apoyé sobre el marco de la ventana.

–¿Puedes explicarte mejor?

–Lucas, a través de testimonios, declaraciones, escrituras, antecedentes jurídicos, informes técnicos, reclamaciones hereditarias. Todo construido con estructuras lingüísticas diseñadas para parecer orgánicamente coherentes frente a notarios, tribunales y organismos regulatorios. Simplemente no sé que pensar, mucho menos cómo entender todo esto.

No dije nada de inmediato. Tal vez porque lo había entendido demasiado rápido. Y cuando algo se entiende tan rápido así, normalmente significa que ya existía antes en alguna otra forma. Y entonces recordé un caso en Veracruz, unos ocho años atrás. Un conflicto agrario, donde cientos de campesinos terminaron perdiendo derechos históricos de propiedad, sin que apareciera jamás un documento falso. Todo había sido legal. Técnicamente impecable. Los testimonios coincidían demasiado bien entre sí, como si hubieran sido escritos por una sola conciencia colectiva. En ese entonces pensé que era simple corrupción sofisticada. Pero ahora, con esto que me está diciendo Nina, ya no estaba tan seguro.

–¿De casualidad, sabes para quién trabajaba tu abuela?

–No lo sé todavía.

–¿Y exactamente qué dice la carta?

Escuché hojas moviéndose. Luego Nina empezó a leer en italiano. La voz le cambió, mientras pronunciaba las palabras de la nonna. La empecé a escuchar más fría, más distante: “Las personas creemos que la verdad depende de los hechos. Eso es totalmente falso. La verdad depende de la coherencia narrativa aceptada por las instituciones.” Comencé a sentirme incómodo, una sensación nada

fácil de describir. En lugar de sensación, la debería de describir como... una advertencia. Algo estaba fuera de lugar.

Entonces, Nina continuó leyendo: "Si suficientes documentos convergen lingüísticamente hacia una misma interpretación, el sistema legal deja de verificar su origen, y comienza a verificar su consistencia."

Yo seguía mirando la ciudad, pero ya estaba en otro lugar, apenas percibí que la lluvia había aumentado su intensidad. Porque en ese momento, entendí el verdadero problema. No se estaban falsificando documentos, se estaba fabricando una nueva realidad administrativa. Y eso, sería muchísimo más difícil de probar.

—¿Hay nombres Nina?

—Sí, muchos Lucas, de diferentes empresas, de fondos patrimoniales, de firmas jurídicas. Además de registros catastrales en Milán, Palermo, Marsella y Rotterdam.

—¿Sabes si tu abuela pertenecía a alguna organización?

—No con certeza, pero tal parece que así era.

Escuché cómo encendía un cigarro. Nina fumaba únicamente cuando algo escapaba a su control.

—Hay otra cosa.

—Te escucho.

—La carta dice, que esta especie de sistema o algo así, empezó a expandirse hacia América Latina, hace nueve años.

Creo que es el momento de otro café.

—¿Países?

—México, Brasil, y Argentina, específicamente.

La lluvia golpeó más fuerte el cristal. Y por primera vez en los últimos días, olvidé completamente el Caso sobre el saqueo arqueológico que acababa de cerrar. Porque comparado con esto, el tráfico de piezas robadas resultaba demasiado simple. Brutal sí, pero simple. Uno podía seguir piezas, bodegas, restauradores, rutas

marítimas, coleccionistas. Pero esto no, este esquema opera dentro del lenguaje. Dentro de la lógica institucional. Dentro de algo prácticamente invisible.

—Lucas, quiero que vengas.

No sonó emocional. Sonó operativo. Eso me hizo tomar la decisión incluso antes de responder.

—¿Quién más sabe?

—Nadie.

—¿El abogado, el notario, el ama de llaves?

—No creo.

—¿La policía italiana?

—No lo creo, al menos hasta el momento, no ha habido nada que apunte en esa dirección.

Me dirigí hacia la sala, donde había estado trabajando hasta unas pocas horas antes en la computadora. En la pantalla, todavía se mantenían las fotografías de unos vasos mayas policromados, que quedaron iluminando la oscuridad del departamento.

—Mándame por favor fotos de todo, especialmente de la carta.

—Justo lo acabo de hacer.

Escuché la notificación entrar al teléfono. No la abrí todavía.

—Lucas...

—¿Sí, dime?

Esta vez, sí escuché cansancio real en su voz.

—Hay partes de la carta, donde mi abuela habla como si hubiera esperado esto, desde hace años.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy segura, pero es como si me hubiera heredado la Villa, para algo más que sólo conservarla. Ya me darás tu opinión cuando la leas.

La conversación quedó suspendida entre ambos, porque entonces ocurrió algo mínimo. Pero fue algo que después, recordaría demasiadas veces: detrás de Nina escuché una puerta cerrarse, no fuerte, no de manera violenta, sólo el sonido seco de una madera antigua acomodándose. Pero ella dejó de hablar inmediatamente.

—¿Qué fue eso? —Pregunté.

Silencio.

—Nina. —Insistí.

Su respiración cambió apenas.

—No estoy sola en la casa.

El instinto apareció antes que el pensamiento.

—¿Quién está ahí?

No respondió. Escuché unos pasos, lentos, y cada vez más lejanos. Después el crujido de madera vieja, y finalmente la voz de Nina volvió, pero esta vez más baja.

—Creo que alguien entró.

Miré el reloj. 03:38. La lluvia sobre Ciudad de México seguía cayendo con una casi molesta insistencia, como acostumbrado en esta época del año. Y por primera vez, desde que había dejado oficialmente la inteligencia mexicana, sentí algo que llevaba años evitando. La certeza de que un Caso, podía empezar antes incluso de que uno aceptara involucrarse.

—Nina, escucha con atención.

Me moví rápido hacia el escritorio del departamento, mientras buscaba las llaves del archivero metálico, donde guardaba algunas herramientas de trabajo que oficialmente ya no usaba. Activé el altavoz del teléfono, la llamada seguía abierta. Del otro lado, podía escuchar el rumor leve del viento, entrando desde algún ventanal de la Villa.

–¿Puedes salir de la habitación?

–No lo sé.

Su voz apenas cambió, pero bastó para entender que estaba observando algo.

–Descríbeme dónde estás.

–En el despacho principal, en la planta baja. La puerta comunica al corredor central, y hay una escalera a mi izquierda.

–¿Escuchas pasos o algo más?

Silencio por un par de segundos, y después:

–No... nada.

Lo que era peor. La mayoría de las personas, cree que el peligro se parece al ruido. Pero en realidad, el verdadero peligro se parecerse más a la paciencia. Escuché cómo se movía. La madera crujió bajo sus pasos.

–Voy hacia el corredor.

No dije nada. Mientras tanto, afuera, la Ciudad de México seguía indiferente, donde miles de personas dormían, sin sospechar que gran parte de su vida legal, dependía de sistemas administrativos imposibles de comprender completamente. Catastros, notarías, algoritmos bancarios, estructuras fiscales, todo sostenido por una fe abstracta en que alguien, en algún lugar, verificaba las cosas correctamente. La mayoría de las veces nadie verificaba nada, sólo comprobaban que se mantuviera con un cierto nivel de coherencia. Y eso era suficiente.

–Lucas.

–Aquí, dime.

–La puerta principal está abierta.

–¿La dejaste cerrada?

–Sí.

–¿Puedes ver a alguien?

–No... pero movieron cosas.

Sentí la tensión subir lentamente, no como una forma de miedo, sino como una reorganización interna del pensamiento. Extraña comparación, pero era la misma sensación que tenía, antes de entrar a reuniones donde sabía que al menos una persona, estaría mintiendo deliberadamente.

–¿Qué cosas?

–Los archivos del comedor.

–¿Los revisaron?

–Mmm... no exactamente.

–¿Entonces?

Tardó un momento en responder.

–Es algo raro Lucas, los dejaron... ordenados.

Eso me hizo cerrar los ojos un instante, porque entendí el mensaje inmediatamente. No se trataba de un robo, era una corrección totalmente intencional. Alguien había entrado para decirle, que sabía exactamente qué había encontrado. Y que podía hacerlo otra vez, cuando quisiera.

–Quiero que hagas algo ahora, despacio y cuidando de no terminar la llamada.

–¿Qué?

–Escúchame bien, quiero que salgas de la Villa en este momento.

–Lucas, no pienso abandonar esto.

–Nina, por favor, no estoy discutiendo.

–Lucas...

–Ahora.

Su respiración cambió. Sabía que odiaba recibir órdenes. Nina siempre había desconfiado de la autoridad, creo que era una de las muchas razones por las que funcionábamos tan bien juntos.

–Hay un hotel a dos calles del teatro griego.

–El "Timeo", lo conozco.

–Exacto, bien, hospédate ahí, al menos esta noche. Pregunta por Fabrizio Moretti, el se encargará de cualquier cosa que puedas necesitar, ya le llamo en unos minutos para ponerle al tanto.

Escuché movimientos rápidos, ruidos de puertas, pasos. Después, el sonido distante del mar, entrando desde alguna ventana abierta. La imaginé cruzando aquella casa enorme, heredada de una mujer que ahora empezaba a parecerle... desconocida. Y quizá siempre lo había sido.

–Voy saliendo.

–¿Traes contigo la carta?

–Sí.

–No la descuides ni por un segundo.

–Ya entendí.

Entonces ocurrió algo extraño. Nina se detuvo de golpe.

–Espera, un momento.

–¿Qué pasa?

Silencio, pero un silencio distinto, concentrado. Después, comenzó a hablar muy despacio.

–Hay una hoja nueva sobre la mesa.

El cuerpo se me tensó automáticamente.

–¿De qué hoja estás hablando?

–De una que no estaba aquí antes.

–No la toques todavía.

Escuché cómo acercaba el teléfono, luego leyó: “Las estructuras sobreviven porque las personas necesitan que sobrevivan.”

–Lucas, debajo de esta frase, sólo hay una palabra escrita a mano: “Inventario”, y nada más, ninguna firma, ninguna amenaza.

–Sal de ahí ya.

Esta vez, ya no discutió más. La llamada siguió abierta mientras escuchaba sus pasos atravesando la Villa. Una puerta, después otra. El eco amplio de techos altos, y el rumor de la grava bajo los zapatos, hasta finalmente llegar al exterior. Sólo cuando escuché el tráfico lejano, pude aflojar un poco la mandíbula.

—¿Ya estás afuera?

—Sí.

—¿Ves a alguien siguiéndote?

—No.

—No regreses esta noche.

—No iba a hacerlo.

—Bien, te veo pronto. Ya tomo el primer vuelo disponible.

Cortamos unos veinte segundos después. Por un momento, me quedé inmóvil en mitad del departamento. La lluvia seguía golpeando los vidrios.

—Buongiorno, Grand Hotel Timeo, la riceve Oriana, come posso aiutarlo?

—Ciao Oriana, con Fabrizio Moretti per favore.

—Chi sta chiamando?

—Messina... Lucas Messina.

—Con piacere, subito.

—Grazie...

Bien, un pendiente menos, pero sobre todo mayor tranquilidad, en lo que me encuentro con Nina. Tengo plena confianza en Fabrizio, nos conocemos desde la infancia.

Abrí finalmente las fotografías que Nina había enviado. La primera era la carta, escrita en papel amarillento. Escritura firme, italiana antigua, precisa, elegante. La segunda imagen, mostraba varias carpetas organizadas dentro del baúl. No se trataba de documentos clandestinos, y eso era lo más perturbador. Parecían perfectamente legales: registros notariales, declaraciones judiciales, avalúos, contratos sucesorios, declaraciones patrimoniales. Todo auténtico, o al menos lo suficiente, en apariencia.

Seguí deslizando imágenes, y entonces apareció algo que me obligó a sentarme, para ver con mayor atención. Era una tabla comparativa. A la izquierda: declaraciones originales de testigos en litigios patrimoniales. A la derecha: versiones “corregidas”. No cambiaban los hechos centrales, sólo la estructura narrativa. Con orden temporal, con precisión emocional, con coherencia semántica. Pequeñas modificaciones casi invisibles, pero el resultado final, era demoledor. La versión corregida siempre parecía más creíble, más humana, más sólida jurídicamente.

Leí una frase tres veces: “Aún contradicciones menores, pueden generar autenticidad percibida.” Luego otra: “El exceso de precisión, puede debilitar la confianza testimonial.” Y otra más: “La memoria imperfecta, resulta estadísticamente más convincente, especialmente ante estructuras judiciales.”

Sentí algo incómodo creciendo lentamente. Porque no estaba leyendo instrucciones criminales, no, lo que estaba leyendo era ingeniería cognitiva, aplicada al derecho.

Tomé otra fotografía. Un organigrama parcial con: empresas inmobiliarias, consultoras legales, fondos de inversión. Y nombres de personas, muchos nombres. Después algunos países como Italia, Francia, Países Bajos, Luxemburgo, terminando con América Latina: Brasil, Argentina y México, que aparecía marcado varias veces. Mencionado estados como Jalisco, Nuevo León, y la Ciudad de México, además de incluir parques industriales, puertos logísticos, desarrollos urbanos, y transferencias agrarias.

La pantalla iluminaba el departamento aún oscuro, mientras afuera comenzaba a amanecer lentamente sobre la ciudad. Y entonces vi el nombre, nada importante en apariencia, sin estar resaltado, sólo como una referencia secundaria, casi al final del documento: “Protocolo Basile”.

Me quedé inmóvil. Basile... el apellido de Nina.

Abrí inmediatamente otra fotografía, después otra, y una más, hasta encontrar finalmente, una nota manuscrita firmada por la abuela: "La estabilidad del sistema, depende de operadores capaces de interpretar ambigüedad, sin necesidad de instrucciones explícitas." Y más abajo: "Nina posee esa capacidad."

Sentí una especie de cansancio, extraño, no físico. Era algo peor, la sensación de que ahora el Caso acababa de moverse, desde una investigación externa, hacia algo profundamente personal.

Miré nuevamente las imágenes. Todo estaba diseñado para no parecer criminal, y ahí estaba la genialidad monstruosa del sistema. No falsificaban realidades, las optimizaban. La diferencia era lo suficientemente pequeña para sobrevivir jurídicamente, pero al mismo tiempo, lo suficientemente grande para alterar fortunas enteras.

Nina volvió a leer la carta, sentada sobre el piso frío de la habitación del hotel. La ventana abierta dejaba entrar el viento llevando los olores salinos y antiguos, de las piedras húmedas. Había algo insoportable en aquella caligrafía, demasiado firme para una anciana, demasiado lucida para alguien esperando morir. Recordaba que su abuela en más de una ocasión, le había dicho que los archivos eran más honestos que las personas, expresión que nunca había terminado de entender, y lo atribuía a que la nonna desconfiaba de todo el mundo; pero ahora, parecía que la expresión, empezaba a cobrar algún significado.

Mi teléfono vibró, esta vez con un mensaje de Nina: "Hay alguien observando en el hotel." Miré la hora, eran las 04:40. Y a pesar de ser tan temprano, entendí que ya era demasiado tarde, para decidir si queríamos entrar en aquello. La reflexión resultaba por demás irrelevante... el sistema ya había decidido incluirnos. Marqué entonces el número del hotel.

–*Grazie per aver chiamato amore, avevo bisogno di sentire la tua voce.*

–Intenta mantener la calma, pronto estaremos juntos.

–Lucas...

–Te escucho.

–Creo que la nonna estaba intentando advertirme, sobre algo que ya no podía contener.

–Nina, eso suena demasiado dramático, inclusive para los estándares sicilianos, ¿no crees? –Dije, intentando aligerar la situación de estrés.

Apenas sonrió, triste.

–No, dramático habría sido si hablara de una conspiración... pero esto es peor. Parece escrito, por alguien que dejó de creer que el problema eran las personas.

–Pero entonces, ¿qué era?

–La facilidad con la que las instituciones aprenden a parecer normales, mientras hacen cosas inimaginables.

La llamada continuó durante varios segundos, después de estas últimas palabras de Nina. Mientras yo seguía sentado frente al computador mirando en la pantalla. Viendo las imágenes de las piezas arqueológicas saqueadas del ultimo Caso, no podía evitar relacionarlas con lo que ahora se estaba desarrollando. Sólo que en otra forma, esta vez más sofisticada aparentemente, de alterar el significado de las cosas.

–Lucas...

–Dime.

–Creo que mi abuela... estaba involucrada en algo mucho más grande, de lo que pudiéramos imaginar.

–Lo mismo pienso Nina, aunque no te lo había expresado antes.

–¿Tú todavía crees que descubrir la verdad, puede cambiar alguna cosa?

La pregunta me tomó desprevenido, no por que fuera difícil, sino por su franqueza. Me hizo recargarme sobre la silla, antes de responderle.

–Sí, eventualmente.

–Eso no sonó muy convincente que digamos.

–Porque no lo es, necesariamente.

Nina ahora habló con la voz más baja.

–La nonna escribió algo raro.

–¿Qué cosa?

–“Las sociedades modernas no destruyen la verdad, sólo la vuelven administrativamente inútil.”...

Sentí sólido el impacto de la expresión, porque entendí exactamente lo que esa frase significaba, y porque sonaba peligrosamente cierta.

–Sin duda, esto no se parece a ninguno de los Casos anteriores del despacho. –Expresó Nina categórica.

Miré nuevamente las piezas saqueadas, los registros alterados, las instituciones compradas, los informes maquillados, y pensé en algo que no había dicho antes.

–Quizás todos nuestros Casos anteriores, habían sido apenas los síntomas de la misma enfermedad.

–Entonces, será mejor prepararnos, antes de que alguien decida explicarnos la realidad oficialmente.

–Ya tomo el próximo vuelo.

Comencé a preparar de inmediato la maleta. Abrí el archivero. La ya un poco vieja, pero aún confiable *Glock 25 19X9*, seguía dentro de su estuche. Tomé el teléfono satelital, dos cargadores adicionales y el pasaporte. Llevé a los gatos nuevamente al hotel de mascotas, y me dirigí directamente al aeropuerto para tomar el primer vuelo disponible, sin importar las conexiones que resulten necesarias.

